



ENTRE LA DIPLOMACIA Y LA IMAGINACIÓN: JUAN DE DIOS PEZA EN ESPAÑA

Carlos Ramírez Vuelvas
(Universidad de Colima, México)

Resumen. En las últimas décadas del siglo XIX, el gobierno mexicano envió agentes culturales privilegiados a Europa (como Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza), con la intención de que, al mismo tiempo que creaban una obra personal, difundieran discursos sobre la identidad y la soberanía de México como nación independiente. Peza fue el primer poeta en asentar un espacio social en España y, de esta manera, propició un nuevo diálogo cultural entre los dos países. Además, escribió varios poemas que, a partir de la cláusula simbólica de «lengua, religión y raza», permitieron la construcción de un espacio literario común para las dos culturas. Así se generaron definiciones del hispanoamericanismo español, alternas a las tradicionales establecidas por Emilio Castelar o Marcelino Menéndez Pelayo como figuras canónicas.

Abstract. In the last decades of the nineteenth century, the Mexican government sent agents to Europe privileged cultural (as Vicente Riva Palacio and Juan de Dios Peza), with the intention that, while creating a personal work, disseminate discourses on identity and Mexico's sovereignty as an independent nation. Peza was the first poet to enter a social space in Spain and thus led to a new cultural dialogue between the two countries. He also wrote several poems, from the symbolic clause "language, religion and race", allowed the construction of a common literary space for the two cultures. So Spanish definitions, alternative to traditional or established by Emilio Castelar Marcelino Menéndez Pelayo hispanoamericanismo as canonical figures were generated.

Palabras clave. Hispanoamericanismo, Nacionalismo, Romanticismo, Recepción, Identidad

Keywords. Hispanoamericanism, Nationalism, Romanticism, Reception, Identity

I

A finales de 1870 se reunieron en Madrid los escritores mexicanos Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Juan de Dios Peza, para presentar *El libro rojo. Hogueras, horcas, patíbulos, suicidios, y sucesos singulares y extraños acaecidos en México durante las guerras civiles y extranjeras* (1870), escrito por la pluma múltiple del equipo completo. Este volumen enciclopédico es angular en la historia cultural del país, porque expone diversos testimonios de los crímenes que habrían forjado su historia nacional, con los que logró su Independencia y con los que elaboró su proyecto de soberanía, al revisar personajes o episodios significativos en su trayectoria social, desde emperadores indígenas derrocados y torturados hasta los intentos de ocupación militar europea y estadounidense. En Madrid, *El libro rojo* se habrá observado como un producto generado por «la leyenda negra de España», popularizada en los grupos masónico liberales hispanoamericanos por influencia francesa (Powell P. 2005:113-114).

En la historia de las relaciones diplomáticas entre México y España de finales del siglo XIX¹, eventos como la presentación de *El libro rojo* participaron en el proyecto político de México por alcanzar el reconocimiento como nación soberana con una cultura propia, suficiente y autónoma. En ese programa, que se habría consolidado durante el Porfiriato, los escritores Juan de Dios Peza, primero, y Vicente Riva Palacio, después, fueron los primeros agentes culturales de México en la capital de España. Aunque la obra literaria y diplomática de los dos escritores muestra distintos ángulos de las relaciones entre México y España, probablemente fue la poesía y la prosa de Juan de Dios Peza la que definió un discurso estético cultural más conciliador entre las sociedades de los dos países. El rigor de la pluma de Riva Palacio fue exhaustivo en los valores históricos y antropológicos en las relaciones culturales de las dos orillas del Atlántico, su obra literaria solo expuso las condiciones socioculturales en la posible construcción de un espacio común entre mexicanos y españoles.

Antes que Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza fue el primer escritor mexicano en establecer un vida social de intelectual en Madrid (de manera intermitente entre 1870 y 1878); fue el primero en «exotizar» España y con ello aupar la capacidad de imaginar los paisajes, las culturas y la sociedad, tal como lo habían hecho los escritores españoles desde el siglo XVI en el contexto mexicano;

¹ Para un estudio detallado sobre las relaciones diplomáticas entre España y México durante el periodo que cubre el presente artículo, entre otros volúmenes, véase: Antonia Pi-Suñer, «El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y las conmemoraciones», *México en el mundo hispánico. Volumen I*. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000, pp. 101-130; Agustín Sánchez Andrés, «De las relaciones entre España y México durante el Porfiriato (1876-1910)», *HMex*, v. XLVIII, núm. 4 (1999), pp. 731-736; y Josefina Mac Gregor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Secretaría de Gobernación, 1992.

y, finalmente, Peza estableció los ideogramas fundamentales de la hipotética comunidad intelectual hispánica: los lazos por «religión, lengua y raza», tópicos decimonónicos que aparecen categóricamente en los libros de poesía *Cantos del hogar* (1890) y *Poesías completas* (1891).

II

Para la presentación de *El libro rojo* en Madrid, los mexicanos fueron recibidos por dos liberales, Emilio Castelar y Juan Prim², poco antes de que el general fuera asesinado (y a quien Riva Palacio habría conocido en la firma de los Tratados de La Soledad en 1862, en México). De los escritores mexicanos que participaron en el evento, el joven Juan de Dios Peza, con 24 años corriéndole en las venas, fue quien mejor aprovechó la estancia. A pesar de su lozanía era todo un veterano en lides culturales, que destacaba por su imaginación y buen trato en las conversaciones, lo que le permitió entablar amistad con Emilio Castelar, José Selgas y Manuel Tamayo y Baus, además de Gaspar Núñez Arce, Ramón de Campoamor y Antonio Grial, quienes se encargaron de ambientarlo en la vida cultural de Madrid.

Después de esa primera estancia de Peza en Madrid, vendrán viajes de ida y vuelta en su actividad política y cultural, entre México y España. En 1874, presentó en el Teatro del Conservatorio de Madrid su obra *La ciencia del hogar*, a la que le siguieron las presentaciones de *Un epílogo de amor* y *Los últimos instantes de Cristóbal*, las cuales, a decir de *La Ilustración Española y Americana*, «le proporcionaron ruidosos triunfos» (Cuenca C. 1899: 3-4), triunfos que no se reflejaron en la permanencia de Peza en las carteleras de Madrid.

Tres años después, en 1877, Peza se entrevistó con el consejero del gobierno mexicano en asuntos exteriores, el escritor cántabro Enrique de Olavarría y Ferrari, quien ya había publicado una selección de literatura mexicana

² El intelectual y político Emilio Castelar fue uno de los personajes más influyentes en la construcción del discurso hispanoamericanista español de finales del siglo XIX. Fundador y director del periódico *La América*, entre otros impresos, su relación con México era, en principio, una curiosidad y un gesto de agradecimiento a sus lectores. Sus textos sobre México se basaban en la hipótesis de que Hispanoamérica era una extensión intelectual de la cultura hispana. Geometría ideológica con aires de conquista cultural: México era un país desarrollado en América porque España le heredó gran parte de su cultura; España era un país como cualquier imperio europeo porque reprodujo su cultura en México. El concepto se hizo más o menos común en los grupos sociopolíticos de Madrid: la cultura hispanoamericana era «la prolongación del alma española» (Iob, «Revista hispanoamericana», *La España Moderna*, a. II, núm.VI (1 de julio de 1899), pp. 185-201). De la copiosa obra en prosa en la que Castelar ahondó sobre las relaciones de México y España, conviene citar: *Correspondencia de Emilio Castelar. 1868-1898. Seguida de un apéndice*. Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra. Impresores de la Real Casa, 1908; *Historia del descubrimiento de América*. Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892; y *Ensayos literarios*. Madrid, A. de San Martín, 1880. Finalmente, se debe destacar la notable influencia de la concepción hispanoamericanista de Castelar, por lo menos en tres intelectuales de la época: Marcelino Menéndez Pelayo, su alumno; Benito Pérez Galdós, su compañero; y Antonio Cánovas del Castillo, su compadre.

en *Revista de Andalucía* (1876). Peza lo instó a que reuniera esos trabajos en un volumen impreso con miras a escribir una antología de literatura mexicana (Peza J. 1900: 153), y presentar un posible sistema literario mexicano en Madrid, diseñado por Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio.

Pero no fue en Madrid sino en Málaga donde, Olavarría y Ferrari publicó *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de los más notables escritores* (1877). Un año después, con ligeras enmiendas y añadidos, lo reeditó en Madrid con el título *Poesías líricas mexicanas* (1878). En estas antologías aparece la primera lista de escritores mexicanos consagrados por una voluntad canónica en Madrid³. En lo sucesivo, esta lista de nombres se repetirá con sus variantes obligadas, en los impresos de escritores mexicanos en Madrid. Juan de Dios Peza recuerda que la aparición de ambos tomos causaron «entusiasmo en Madrid», y le dirigió una carta a Olavarría para encomiar su labor intelectual (Peza J. 1900: 153).

En 1878, luego de algunas gestiones en ambos continentes, Peza regresó a la Legación de México en Madrid con el cargo de secretario segundo. Permanecerá un tiempo junto a Vicente Riva Palacio, que estuvo en Madrid por un periodo breve. Luego de varias modificaciones internas, para ese año, la legación de México tenía como ministro al general Ramón Corona, como primer secretario a Juan Bautista Híjar y Haro, y como segundo secretario al autor de *Cantos del hogar*. Apenas arribó otra vez a la capital de España, impulsado por «la necesidad moral» de difundir una antología aun más completa que las presentadas por Olavarría, Peza publicó *La lira mexicana. Colección de poesías de autores contemporáneos*. En la presentación de la antología, aseguró que México y España compartían el mismo proceso de construcción nacional, unidos por la raza, la religión y el lenguaje. La tesis postuló a la literatura como el utópico espacio intelectual común para los países hispanohablantes. Sin embargo, el libro no tuvo tan buena recepción en México, donde la prensa la criticó «saturada de dislates», no por la lista de nombres (cuantiosa, robusta, casi exhaustiva) sino por la selección de los poemas⁴. En Madrid, el libro se vendió solo en la librería de San Martín, en el número 6 de Puerta del Sol, a un valor de cinco pesetas.

Todas estas antologías motivaron un comentario extenso en las páginas del periódico *El Globo*, sobre «el carácter y la personalidad de la poesía mexicana»:

³ Ambos tomos, pues, incluyeron a Isabel Prieto de Landázuri, José Rosas, José María Vigil, Ignacio Ramírez, Manuel M. Flores, Agustín F. Cuenca, Justo Sierra, Manuel Peredo, Guillermo Prieto, José Peón Contreras, Juan de Dios Peza, Juan B. Híjar de Haro, Francisco G. Cosmes, Joaquín Téllez, Gustavo Baz, Aurelio Luis Gallardo, José Monroy, Manuel de Olaguíbel, Esther Tapia, Agapito Silva, Luis G. Ortíz, Laura Méndez de Cuenca, Anselmo Alfaro e Ignacio Manuel Altamirano.

⁴ Vicente Riva Palacio escribió sobre la antología: «El libro de Peza debería llamarse *La lira de mis amigos* como el diario de la Escalerilla *La Voz de los Timoratos*, porque México tiene que ver de manera muy indirecta y muy superficial con lo uno y con lo otro». En general, *La antología* de Peza no fue bien recibida por la prensa mexicana que pronto la comparó con el trabajo emprendido anteriormente por Olavarría y Ferrari. (Díaz de Ovando C. 1994: 220-225).

Son de notar en estas composiciones el predominio de la forma sobre el fondo, del sentimiento y la imaginación sobre la idea, y la abundancia de producciones correspondientes a los géneros exótico y descriptivo. Pocos son los poetas mexicanos que buscan inspiraciones en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida; y abundan en cambio los que sólo cantan la belleza de la forma, tal cual en la naturaleza se revela, o el sentimiento del amor voluptuoso en que se abrasan sus corazones. Para ellos la poesía es ante todo imagen y en revestir de galas formas sus arrebatados sentimientos cifran siempre su empeño. A la sonoridad, a la galanura sacrifican con frecuencia la verdad del pensamiento, y aun la corrección misma, y más tienen de músicos y pintores que de poetas. (Sin firma 1879: 1).

Por esas fechas, en carta íntima dirigida a Peza, Emilio Castelar (hipotético autor de la crítica de las antologías) señaló que la poesía mexicana era la proyección de la naturaleza del país (Peza J. 1900: 361). La misma condescendencia se lee en otra carta de Gaspar Núñez de Arce, en la que califica a las antologías mexicanas como la «carta de naturalización en España a la inspirada pléyade de poetas» (Peza J. 1922: 328).

El crítico y periodista Antonio Fernández Merino, en 1886, reconoció que entre los poemas incluidos en *La lira mexicana* existían «imaginaciones superiores, talentos de primer orden», y que España no pudo menos que regocijarse «al ver que la hermosa lengua de Cervantes, tan preciada de aquellos que en ella recibieran las primeras caricias de su madre y escucharan las primeras palabras amorosas», había escrito composiciones como las contenidas en *La lira mexicana* (Fernández Merino A. 1886: 166). Es una opinión parecida a la de otro periodista español, Guillermo Graell que, al analizar la antología de Peza, evaluó a los poetas mexicanos:

Prieto (Guillermo), el Beranger mexicano; del malogrado Acuña, si a veces incorrecto, profundo, original y dotado de una gran sensibilidad; del dulcísimo Manuel Flores, el primero de los poetas eróticos; de Cuenca, buen autor dramático, y, como lírico, ora tiernísimo, ora y casi siempre arrebatado, remontándose con los vuelos de Píndaro, de imaginación exuberante, corporizada en el lenguaje tan elegante como florido; de Cario, tan brillante e inspirado; de Sierra (Justo), quizás el primero de los poetas jóvenes, de levantado estro, de alto sentido filosófico, cantando los grandes presentimientos de lo porvenir; del fecundísimo Peón Contreras; del melancólico Rosas Moreno; del espiritual Cosmes, el Fígaro Mexicano sin descuidar el fondo filosófico; de Hajar, tan sentido en los *Recuerdos del Hogar* (sic), tan elevado y lleno de espíritu germánico; de Tellez, Riva Palacio y tantos otros que brillan

en aquel Parnaso. (Graell G. 1879: 11-13)⁵.

III

Hacia 1878, el general Ramón Corona y el joven escritor Juan de Dios Peza compartían casa en la calle de Atocha número 6. Casi a diario, por las tardes, los diplomáticos se reunían con sus compatriotas en el Café Imperial para su propia tertulia, a la que asistía Gustavo Baz y, cuando vacacionaba por Madrid, Juan B. Hijar y Haro, entonces diplomático en Italia. Al término de la semana, los viernes, Castelar convocaba una tertulia en su domicilio particular, el número 28 de la calle Serrano (Peza J. 1966: 357). Ramón Corona, que había firmado compadrazgo con Castelar, le propuso que en esas tertulias se diera oportunidad a Hijar y Haro y a Juan de Dios Peza para que leyeran sus composiciones.

Pero el joven Juan de Dios Peza (ya de 26 años) también montaba su tertulia personal. Solía escaparse de la rigurosidad de la Corte para perderse en las diversiones de la Villa del Madrid nocturno. De frac y corbata blanca, dice, «me envolvía en ancha capa española de vueltas rojas, me calaba un sombrero hongo y sin que nadie lo supiera, concurría una hora y hora y media a oír los cantos flamencos en el salón de la calle de Barquillo» (Peza J. 1966: 197), donde se regocijaba con los versos de Paca *La roleña*, y las *jaberas*, *soleáes* y *playeras* de Lola *La zurda*. En sus memorias, evocará sus años mozos en Madrid con rebotante alegría que contrastará con la tristeza con que escribió sus recuerdos (abandonado por su mujer, desbocó su desasosiego en su libro de poesía más célebre *Cantos del hogar*), mientras se veía pasear nuevamente por la repostería del Restaurante Lhardy, o en las afueras del Teatro Real (donde escuchó a Adelina Patti), o siguiendo mujeres en la calle Alcalá.

La tertulia mexicana hacía buenas rondas culturales con José Selgas, «el inolvidable cantor de las flores» (Peza J. 1922: 298) a quien Peza admiraba desde su época de estudiante en México, donde leyó poseso los libros de poesía *La primavera* y *El estío*. El también autor de *La manzana de oro* era un influyente político que participó de manera activa en el Partido Conservador, hasta ocupar la secretaría de la presidencia del Consejo de Ministros al servicio de Arsenio Martínez Campos. Peza también frecuentó la casa de Gaspar Núñez de Arce, «el poeta más grande y moderno de España», quien «tenía vivas simpatías por México y los mexicanos» (Peza J. 1922: 17); aunque dicha simpatía apenas se observa en comentarios al vuelo sobre Manuel Acuña, Juan Díaz Covarrubias, Manuel M. Flores y Justo Sierra. Además, la tertulia del poeta mexicano incluía otros recorridos. En el Café de las Columnas conversó con Manuel Fernández y

⁵ Además de difundir la literatura mexicana en antologías, en el proyecto de afianzar la literatura mexicana en la recepción española, Peza buscó editores y público para dos escritores liberales de su país: José Peón Contreras y Antonio Plaza.

González, «tan ocurrente, tan verboso y tan repentista» (Peza J. 1922: 301); y en el Café Príncipe, con los dramaturgos Ventura de la Vega, Mariano José de Larra, Antonio García Gutiérrez y José de Espronceda, a quienes escuchó leer manuscritos de sus dramas (Peza J. 1922: 309-3010).

Sin intimar en el plano social y ligero de la tertulia de café, en la Real Academia Española de la Lengua conoció a otros intelectuales como Manuel Tamayo y Baus, «un hombre dichoso» (Peza J. 1922: 301), entonces secretario y bibliotecario de la institución; conversó con Aureliano Fernández Guerra, «elegante prosista, concienzudo arqueólogo, poeta y docto historiador» (Peza J. 1966: 18); y con Manuel Cañete, «personificación del gusto académico, del purismo en las ideas, en las formas y en el lenguaje» (Peza J. 1966: 22). Discutió amablemente con Antonio F. Grilo, «ruiseñor de los bosques de Córdoba» (Peza J. 1922: 24); y con el Padre Fita, y con Ramón Mesonero y Romanos y con Adelardo López de Ayala y con José Zorrilla... Esta intensa actividad social en la vida intelectual madrileña también será fundamental para que Peza afiance su obra literaria en Madrid, instaure el sistema literario mexicano y proponga los lazos que unen a las culturas hispanas.

Una lectura general de los recuerdos de Juan de Dios Peza en su etapa de diplomático en España, nos lleva a distintas latitudes de la Comunidad de Madrid y del país. En Alcalá de Henares se recreó contemplando la casa de Cervantes y sus sueños frustrados por conocer América. En Toledo se inspiraba en las divagaciones históricas que suscitaban las murallas medievales, y ciertas leyendas de godos y visigodos con armaduras de plata. Peza recorrió España «en busca de algo que no alcanza», para parafrasear uno de los poemas modernistas de Rubén Darío. Viaja hacia al norte, puerta de entrada natural de los mexicanos a España, donde descubre, escribe y traza para la prensa de su país, la belleza de la capital de Cantabria, Santander. Puerto consagrado por la Compañía Trasatlántica, ahí los mexicanos descendían de un barco de vapor con rumbo a la Península Ibérica, y de ahí se despedían los españoles que soñaban con América. El poeta aseveraba que el clima frío de la montaña ayuda al desarrollo del ingenio, como en los escritores, sus amigos, Casimiro del Collado y Marcelino Menéndez Pelayo.

También se deleitó en Burgos, cabeza de Castilla, donde probó con ínfulas de sibarita, vinos, quesos y carnes. Lo mismo le sucedió en Asturias, rica en comidas y en limpias campiñas de vista inalcanzable. Luego descansó la Semana Santa en Sevilla, para ensoñar una visión primaveral de Andalucía: flores para la Virgen de Triana, versos a los monumentos de Granada. Aún más florido es el paisaje de Valencia; y si es más árido en Extremadura aún resultan arrobadoras la casa de Hernán Cortés y la capilla campestre de la Virgen Morena, su señora. Cuando se refiere a los intelectuales españoles con los que convivió, sus epítetos son grandilocuentes a pesar de que estos escritores no gozaran de buenos comentarios de la recepción crítica de España, como en los casos de Antonio Grilo y Aureliano Fernández Guerra.

Peza fue subyugado por la emoción del viajero que, aún antes de llegar a su destino, avanza maravillado con la sensación del viaje. Por eso a sus palabras no les falta el toque exotista. «Todo lo inesperado, me resultó la visita a la medida de mi deseo» (Peza J. 1922: 290), dice en otro momento, arrebolado. Hay tal aire de optimismo en su obra literaria, que resultaría imposible que las expectativas no fueran igual de placenteras que la experiencia misma. De ahí que Peza sea verdaderamente el primer mexicano en *exotizar* a España. Su hispanofilia fue presentida, educada y expresada, con discursos hiperbólicos. En el recorrido de cualquier detalle del paisaje español, lo toma por asalto el asombro; todo lo que mira lo seduce. Todo lo absorbe: ansioso, observa ahí el pasado y también anhela ahí el futuro de su patria, de sus patrias. Peza se abstiene de hablar de política pero la intención última de sus recuerdos españoles es hablar de su sorpresa ante una cultura distinta, que de algún modo querría dibujar en México y en su patria intelectual; una geografía llena de contradicciones, que gracias a sus símbolos culturales mantiene la unidad, aún más visible en la capital del país.

De esta gran experiencia que fue su vida en España, Peza destaca lo vivido en Madrid. De ningún otro sitio de España hablará tanto como de las tertulias de Madrid, de los teatros de Madrid, de los cafés de Madrid, de las mujeres de Madrid, de los artistas de Madrid. A Peza le fascinan las calles madrileñas. Andadores, callejones, callejuelas de la capital de España. La sobriedad de la Villa y Corte que pierde compostura con la noche, cuando el escenario nocturno dibuja siluetas de la España cañí que circundan los escenarios matritenses. Enamorado de las calles, en una ocasión el poeta sale a caminar; el verbo será utilizado por los modernistas, a partir del galicismo *flâneur*: flanear, vagar por las calles de la urbe. Entonces escucha el redoble de una campana que lo lleva a una divagación mental, entre recordaciones históricas, anécdotas terroríficas y explicaciones fantásticas: «mi imaginación juvenil y ardiente me transportaba en sus alas de fuego a las edades románticas en que un amor invencible rompía rejas, derribaba muros, profanaba claustros y triunfaba al fin sin importarle al pecho que lo alentaba.» (Peza J. 1922: 283).

A partir de este pasaje se observa una bifurcación de significados de la experiencia española de Peza. Para finales del siglo XIX, solo su ánimo intelectual podía recobrar la esperanza de forjar la identidad mexicana a partir del restablecimiento de los lazos fraternos con España. En México ya se diseñaban los planes educativos con la interpretación de modelos franceses, calados en el positivismo de Augusto Comte. Incluso la denominación de la raza del continente americano dejaba de ser *hispanoamericana* para convertirse en *latinoamericana*, término utilizado por primera vez por el filósofo chileno Francisco Bilbao durante sus conferencias en la Sorbona de París, en 1856 (Zulueta J. M. 2002: 37). La historiografía más usual dice que México comenzó a afrancesarse. Pero Juan de Dios Peza parece ignorar todo ello. Su mundo de andadores matritenses y de medievalismo segoviano, con campanadas toledanas de fondo, plantea otro

reconocimiento de la patria. Sus construcciones discursivas, por lo demás dulces y amables, reiteraban las simpatías (es decir, empatías) entre México y España desde los que podríamos llamar los símbolos de Peza: lengua, raza y religión.

En su descubrimiento de la urbe española, tan parecida y distante a la que se construía en México, encuentra los escenarios de su imaginación, que él mismo califica de romántica: juventud, libertad y amor invencible. En la voz del poeta se revelan dos niveles discursivos esenciales para un escritor mexicano en Madrid. Como diplomático, en él prevalece la difusión de los símbolos que hermanan a ambas sociedades; como creador literario, su «imaginación» construye un mundo ajeno a esas sociedades. Por la época en la que transcurre su biografía, Peza representa la pugna entre el liberal laicista que propone una nueva identidad (estética, nacional) y el conservador religioso afanado en recuperar los valores prestigiosos del pasado. Después de Peza, todos los escritores mexicanos que lleguen a Madrid para pertenecer a la patria imaginada de la lengua española, tendrán que ser, a su manera, Juan de Dios Peza.

En otra ocasión, nuevamente de *flanêur* por la ciudad, se deja guiar por tres focos rojos que iluminan un letrero: El Escorial. No captura la atención del escritor ni el menú del sitio, ni el aspecto del edificio; es el efecto de los focos rojos sobre la evocación de un nombre, «¡Qué título más sugestivo para los que queremos a España[!]» (Peza J. 1922: 290), exclama de inmediato para después señalar: «entré al restaurante netamente español con más hambre intelectual que apetito material de golosinas». ¿Con quién podría encontrarse un hombre que sólo persigue su imaginación con «hambre intelectual»? Con literatos: «¡Cuánto hablamos de España! ¡Lo mismo recorriamos con el pensamiento los risueños y pintorescos pueblos de Asturias que las comarcas feraces de Andalucía!» (Peza J. 1922: 290). El sitio de su imaginación es otra España, aquella que debe recorrerse con el pensamiento, la imaginación o la fantasía. Es la primera ocasión que el efecto de extrañeza del viajero exotista encuentra a través de la imaginación la ruta que lo lleve a trazar un sitio imaginado con base en un referente histórico, para diseñar un espacio común en el que pueden convivir todos los hispanohablantes. Una patria imaginada para la lengua española, constituida por las señas de identidad de la literatura escrita en español.

IV

La evolución de la poesía de Juan de Dios Peza demuestra el aprendizaje gradual, rigurosamente sintetizado, de la retórica discursiva de los escritores españoles que conoció. A tal grado que cuando describe la obra de Tamayo y Baus pareciera que habla de sí mismo: «todas sus obras están inspiradas en el arte bueno y bello: Dios, la patria, la familia, la justicia y el honor» (Peza J. 1922: 300). La identificación y definición de estos valores constituyen la gran aportación de

Peza en la constitución de un espacio intelectual común a todos los hablantes de la lengua española, a partir de los símbolos lengua, religión y raza. Peza demostró otra cualidad que sorprendió a los intelectuales de la Villa y Corte, que en México se apreciaban los mismos valores estético literarios que toda la tradición de la literatura española. Lengua, religión y raza eran tan apreciadas por el secretario perpetuo de la Real Academia de la Lengua Española, como por el primer secretario de la legación de México en Madrid.

Después de su experiencia en España, y al recoger varios de los poemas que publicó en la prensa de aquel país, en 1890 Peza publicó el libro de poesía *Cantos del hogar*. A diferencia de *Poesías completas*, publicado apenas un año después, *Cantos del hogar* es una selección personal de su poesía a partir del tópico de la familia. Este segundo volumen generó la mejor y última recepción de Peza en todo el mundo hispánico, que lo nominó «el poeta del hogar». Al poco tiempo, el libro se tradujo al francés, al inglés y al italiano. En las páginas de Peza algo se escuchaba del rumor del modernismo conservado en los moldes sólidos de la lírica clásica. Esa música, lejos de molestar a modernos o clásicos, terminó por seducirlos, con todo y que Clarín no tendrá problemas en tildar de ripios a los abundantes sonetos del poeta mexicano (Clarín 1900: 6).

Cabe destacar que muchos de los poemas de *Cantos de hogar* fueron publicados dos o tres años atrás en las páginas de las revistas españolas *El Mundo de los Niños* y en *El Álbum Iberoamericano*, donde el poeta mexicano figuró como uno de los principales colaboradores. De ahí el éxito de composiciones como «Este era un rey», «El cuento de Margot», «Mi talismán», «El culto del abuelo», «Noche buena» y «En la lid...», por mencionar algunos que pronto se reprodujeron en otros impresos ibéricos: *La Correspondencia de España*, *La Ilustración Española y Americana*, *La España Moderna* y, al paso del tiempo, en *Hojas Selectas* y *Revista del Ateneo*.

Uno de estos poemas, «México y España»⁶, fechado en 1884, publicado un año después en *La Ilustración Española y Americana* e incluido en *Cantos del hogar* (con la dedicatoria «A mi hija María nacida en Madrid»), ejemplifica la dimensión retórica sobre la que se construían los lazos entre México y España:

La tradición acompaña
esta simpática unión;

⁶ El poema fue publicado con diversas variantes, por lo que considero de interés observar los estemas: «México en España», *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIX, núm. XVII (8 de mayo de 1885), p. 10; «¡Por Consuegra! ¡Por España!», *El Álbum Ibero-Americano*, a. IX, t. III, núm. 18 (14 de noviembre de 1891), pp. 212 y 213; y «¡Por Consuegra! ¡Por España!», *La Correspondencia de España*, a. XLII, núm. 12282 (22 de noviembre de 1891), p. 5. En su versión definitiva, en *Cantos del hogar*, se publicó con la siguiente nota: «Esta poesía aunque no está considerada como perteneciente a los *Cantos del hogar* se incluye aquí por encargo especial del autor: es un testimonio de lo que le inspira la tierra en que vio a la luz primera su primogénita María.» (Peza J. 1891: 111). Al paso del tiempo, Juan Pérez Zúñiga en *La Ilustración Española y Americana*, celebró los versos en los que el poeta: «recibía el aliento de la patria antigua, al par que a todos nos transfundía su espíritu mejicano». (Pérez Zúñiga J. 1902: 9 y 10).

que en una y otra nación
Dios hizo iguales, sin mengua
el patriotismo, la lengua
y la fe y el corazón.

[...]

Guiarte en nuestro siglo fuera mengua;
venciste y nadie intentará culparte;
entre tus dones heredé tu lengua
y nunca la usaré para insultarte.

Si a la justicia destronó el capricho,
si está con sangre escrita cada hazaña,
¡ah!, yo diré lo que Quintana ha dicho:
«crímenes son del tiempo y no de España.»

¡Nuestra sangre es igual!, que nadie oponga
a nuestra unión calumnias y rencores!
¡La plegaria inmortal de Covadonga
siglos más tarde resonó en Dolores!

Hay una variante compleja al romanticismo nacionalista mexicano que se escribía desde mediados del siglo XIX, porque la poesía de Peza alude a la hermandad entre México y España, y siendo romántico no alude al vituperio patrioterico de la desespañolización. Desde este punto de vista, su poética fomenta un discurso transnacional con la unidad lingüística de los hablantes del español, no delimitado por los conceptos de nación histórica política, sino por una comunidad cohesionada por la lengua. De ahí que algunos intelectuales, como el mismo Vicente Riva Palacio, llegara a censurar los planteamientos discursivos de Peza. En otro poema «A México en las últimas desgracias de España» (incluido en *Poesías completas*), Peza reitera que la fraternidad de las dos culturas permitirá el desarrollo de ambas sociedades. Incluso en recreaciones históricas como en el poema «Colón e Isabel» (del volumen antes mencionado) también apela a «¡la Fe y la Gloria!» como fundamentos de unión y progreso social de las dos naciones.

En la recepción española, los poemas de Peza que hablan sobre la hermandad entre México y España a partir de una definición cultural común, debieron confrontarse con las posiciones político ideológicas de Castelar y de Menéndez Pelayo, quienes (desde el liberalismo o el catolicismo, respectivamente) definían la tesis de la subordinación cultural de México frente a España. Sin embargo, la postura estético literaria de Peza hacía eco en otros intelectuales, como el mencionado Antonio Fernández Merino o el académico Antonio Balbín de

Unquera, probablemente el primer crítico de la lengua española en asegurar que la caracterización de la poesía mexicana se debe a su capacidad sensorial de unir percepciones con objetos de enunciación⁷.

En sus estudios sobre poesía mexicana, Unquera dedica varios párrafos para disertar sobre la poesía amorosa en el mundo grecolatino, y que en la lengua española no existe ninguna otra tradición poética tan rica en su expresividad amorosa como la mexicana y, en ese sentido, esa lírica ampliaba los dominios de la lengua española. «Si América las estudia y sabe reunir la imitación de los clásicos griegos y latinos con la de nuestros autores predilectos, no dudaremos del florecimiento de la poesía en cuantos países hablan nuestro idioma» (Balbín de Unquera A. 1890c: 137).

En el ámbito histórico social, la tesis de la unión de la comunidad hispanohablante se fortaleció con el objetivismo científico que promovió el Positivismo, que para la última década del siglo XIX ya había forjado las primeras generaciones de intelectuales y profesionistas. Esto fue notable durante el IV Centenario del Descubrimiento de América, cuando se publicó un significativo caudal bibliográfico que desde las ciencias sociales (historia, antropología, sociología...) trataban de reinterpretar la hermandad cultural entre España y América Latina. Uno ejemplo de ello son los libros de Ramón Elices Montes, que en 1885 publicó *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*. En su estudio transcribió por completo el poema de Peza «México y España», para asegurar que «la sangre, la religión, el idioma y las costumbres nos unen con indestructibles lazo» (Elices Montes R. 1885: 113), confirmando la vigencia de los lazos simbólicos entre los dos países postulados por el poeta mexicano.

BIBLIOGRAFÍA

- Clarín, «Palique», en *Madrid Cómico*, a. XX, No. 57, 3 de noviembre de 1900, p. 6.
Cuenca Carlos Luis de, «D. Juan de Dios Peza», en *La Ilustración Española y Americana*, a. XLII, No. XXVIII, 22 de julio de 1899, pp. 3-4.
Díaz de Ovando Clementina, *Un enigma de los Ceros: Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
Elices Montes Ramón, *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*, Madrid, Imprenta de la Viuda de J. M. Pérez, 1885.
Fernández Merino Aarón, *Poetas americanos. México. Flores, Hajar, Prieto, Riva*

⁷ Además de tesis y prólogos donde abordó el tema de la poesía mexicana, Balbín de Unquera publicó tres extensos artículos en *La Ilustración Católica*: Antonio Balbín de Unquera, «Poesía mexicana», *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 9 (25 de marzo de 1890), pp. 103-105; Antonio Balbín de Unquera, «Poesía mexicana», *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 10 (5 de abril de 1890), pp. 111 y 112; y Antonio Balbín de Unquera, «Poesía mexicana», *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 12 (25 de abril de 1890), p. 137.

Palacio, Peza, Carpio, Altamirano, Barcelona, Tipografía La Academia, de Ullastres, 1886.

Graell Guillermo, «La lírica mexicana», en *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIII, n. XXVII, 22 de julio de 1879, pp. 11-14

Martínez de Velasco Eusebio, «D. Francisco Pimentel», en *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIV, No. XIV, 15 de abril de 1880, p. 3.

Pérez Zúñiga Juan, «El Ateneo Científico-Literario de Méjico», en *La Ilustración Española y Americana*, a. XLVI, No. XXII, 23 de junio de 1902, pp. 9-10.

Peza Juan de Dios, *Memorias, reliquias y relatos*, México, Editora Nacional, 1966.

_____, *Recuerdos de España*, México, E. Gómez de la Puente editor, 1922.

_____, *Recuerdos de vida. Cuentos, diálogos y narraciones anecdóticos e históricos*, México, Herreros hermanos y sucesores, 1907.

_____, *De la gaveta íntima: memorias, reliquias y relatos*, París, Viuda de Ch. Bouret, 1900.

_____, *Poesía completa*, París, Imprenta de la Viuda de Ch. Bouret, 1891.

_____. *Cantos del hogar*, Nueva York, D. Appleton and Company, 1890.

_____. *La lira mexicana. Colección de poesías de autores contemporáneos*, Madrid, R. Velasco Impresor, 1879.

Powell Philip W., *La leyenda negra. Un invento contra España*, Barcelona, Áltera, 2005, pp. 113-114.

Sin firma, «Revista bibliográfica», en *El Globo*, a. V, No. 1869, 16 de julio de 1879, p. 1.

Balbín de Unquera Antonio, «Poesía mexicana», en *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, No. 9, 25 de marzo de 1890, pp. 103-105.

_____*b*, «Poesía mexicana», en *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, No. 10, 5 de abril de 1890, pp. 111-112.

_____*c*, «Poesía mexicana», en *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, No. 12, 25 de abril de 1890, p. 137.

Zulueta Jesús Manuel, *Viajeros hispanoamericanos por la España de fin de siglo (1890-1904)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2002.